

RESEÑAS DE LIBROS

Paul A. DAVID y Mark THOMAS, *The Economic Future in Historical Perspective*. Oxford: Oxford University Press, 2003.

El libro que nos ocupa recoge los trabajos que fueron presentados en el *Symposium* que se organizó en julio de 1999 en honor del Profesor Charles Feinstein, cuando éste se retiró de su puesto como profesor de Historia Económica en la Universidad de Oxford. El libro incluye diecisiete trabajos que están agrupados en tres secciones, precedidas por una amplia introducción realizada por los editores del libro. Las tres secciones son: 1) los factores que «conducen» el crecimiento económico 2) cambios en regímenes económicos e ideología, y 3) bienestar y seguridad económica personal. Tal y como indica el título del libro, el objetivo del *Symposium* y, por tanto, del libro, era mostrar distintas aproximaciones o maneras de estudiar el pasado, con objeto de poder utilizar este conocimiento para abordar los problemas económicos del presente y del futuro. En un momento en el que, no sólo en España sino en otros muchos países, la historia económica en las facultades de economía se encuentra en la cuerda floja, este libro muestra algunos claros ejemplos de cómo el pasado puede ayudar a entender la realidad económica actual, e incluso cómo, a partir del estudio de la historia, es posible obtener algunas lecciones de política económica. La labor de los editores ha sido muy importante, no sólo por la Introducción general del libro, sino por las introducciones parciales a

cada uno de los tres bloques en que éste ha sido dividido. En la Introducción general, David y Thomas tratan de defender la utilidad de la historia económica de cara a instrumentar medidas de política económica en el futuro. Sin embargo, aunque ésta es una de las funciones de la historia económica, considero que no es ni la única ni necesariamente la más importante. La historia económica trata fundamentalmente de comprender la actividad económica en el pasado y si bien en algunos casos su utilidad de cara a instrumentar la política económica en el futuro es obvia, en otros muchos no lo es tanto. En ese sentido, quizá el énfasis puesto por los editores sea excesivo. Con respecto a las introducciones parciales previas a cada uno de los bloques, los editores, además de realizar una síntesis de cada uno de los capítulos, han tratado de vincular cada uno de ellos con la actualidad, resaltando en cada caso el interés que tiene cada uno de los temas abordados desde una perspectiva actual.

El primer bloque de trabajos analiza distintos aspectos que afectan al crecimiento económico. El trabajo de De Vries estudia el papel del consumo en la Revolución Industrial. De Vries considera que las economías domésticas tuvieron un papel crucial en la revolución industrial, comparable al de las empresas o el cambio tecnológico, y, pese a ello, los histo-

riadores económicos han prestado escasa atención al estudio de la conducta de los consumidores. Uno de los aspectos de mayor interés del artículo es su intento de vincular el papel del consumo con el debate sobre los niveles de vida en Gran Bretaña. Si aceptamos la visión pesimista, ¿cómo podemos concederle al consumo un papel preponderante? Según De Vries, aunque los salarios reales no aumentaron significativamente en este período, una combinación de trabajo más regular y mayor número de horas trabajadas, junto con los ingresos adicionales obtenidos por la mujer y los niños, permitieron que el volumen de rentas de la unidad familiar aumentase. En ese sentido, el sistema de protoindustria habría tenido una influencia positiva en las ganancias obtenidas por la unidad familiar y, con ello, un impacto positivo en la demanda de bienes de consumo. Para el autor, en la revolución industrial se produjo un cambio muy importante en la demanda de bienes de consumo, aumentando no sólo el número de éstos, sino también modificando sus características: sustitución de bienes más caros y más duraderos por bienes más baratos, de menos calidad, menos duraderos y más sensibles a la moda. Bajo su punto de vista, los cambios en las pautas de consumo no sólo pueden explicarse como consecuencia de cambios en los precios relativos de los bienes, sino que estuvieron vinculados a la aparición de un nuevo «régimen de consumo» que no afectó por igual a todas las clases

sociales. En las superiores aumentó la demanda de toda una serie de bienes que suponían un mayor confort o una mayor respetabilidad o distinción social, mientras que en las clases plebeyas se desarrolló una nueva cultura de consumo en la que toda una serie de bienes alcanzaron una gran difusión. De ese modo, la aparición a finales del siglo XX de nuevos bienes de consumo y el aumento de bienes vinculados a la nueva economía –vídeos, música, internet, ...– no debería ser considerado como un fenómeno sin precedentes, sino que se remontaría a la revolución industrial.

Los dos trabajos siguientes hacen referencia al capital humano y a su contribución al crecimiento económico. Humphries analiza el papel de los aprendices en la primera revolución industrial, mientras que Broadberry hace un análisis más general sobre la influencia del capital humano en el crecimiento de la productividad en Gran Bretaña, Estados Unidos y Alemania. Para Humphries, el sistema de aprendices, junto con las Leyes de Pobres, fueron un importante mecanismo de control social y favorecieron la disminución de la mendicidad. Pero sobre todo, y a pesar de que los legisladores tenían en mente distintas intenciones, supuso un mecanismo de formación de la mano de obra esencial en un período en el que todavía no se había desarrollado la educación reglada, y facilitó el trasvase de la mano de obra desde la agricultura a la industria, de manera que ese factor podría ser uno más de los que expli-

carían el por qué Gran Bretaña se industrializa primero. El problema más importante de este trabajo es el de la cuantificación de la importancia que tuvo el sistema de aprendizaje en Gran Bretaña. Quizá el problema podría haberse resuelto ofreciendo alguna información similar para otros países, que nos hubiese permitido tener una idea relativa de qué supuso el aprendizaje en este país.

Broadberry resume otros trabajos publicados por el autor y trata de contrastar el impacto que tuvo el capital humano en el declive británico desde una perspectiva comparada. De nuevo insiste en la importancia que tuvo el sistema de aprendizaje en las primeras etapas de la industrialización y en cómo, a partir de 1870, va a ser complementado —que no sustituido— por la escuela. Eso le va a permitir a Gran Bretaña hasta la Primera Guerra Mundial tener la mano de obra más especializada del mundo. Algunos autores han interpretado el declive de Gran Bretaña y el ascenso de Estados Unidos o Alemania a partir de la diferencia en la acumulación de capital humano; sin embargo, eso no es fácil de casar con el hecho de que Estados Unidos desarrollase una tecnología de producción en masa, que utilizaba preferentemente mano de obra no cualificada, mientras que en Gran Bretaña y también en Alemania utilizaban más los sistemas de producción flexible. Estas diferencias tecnológicas tuvieron implicaciones muy claras sobre el capital humano. En Gran Bretaña y Alemania se hizo hincapié en

lo que el autor llama un nivel intermedio de cualificación, que permite el mantenimiento de determinados oficios y de técnicos, que se podía obtener a través del sistema de aprendizaje. Sin embargo, en Estados Unidos se puso un mayor énfasis en los niveles más altos de cualificación (universitaria), para crear unos cuerpos de trabajadores dedicados a la administración y la supervisión de esos mecanismos de producción (cadenas de montaje, etc.). La producción flexible es más intensiva en mano de obra que la producción en masa, y su nivel de productividad es más bajo. Los resultados que obtiene al estimar la contribución de la cualificación al crecimiento de la productividad en Estados Unidos y en el Reino Unido van en la misma línea que los ya publicados en otros artículos: hasta 1929, la causa fundamental del crecimiento de la productividad es la acumulación de capital, mientras que, a partir de 1929, la contribución más importante la tiene el residuo. La contribución del residuo todavía es mayor a partir de 1950, y cae a partir de 1973.

David y Wrigt también hablan de los factores explicativos de la productividad y en concreto de las *General Purpose Technologies* (GTP), y vuelven de nuevo sobre el papel del capital humano, utilizando para este caso el estudio del proceso de electrificación en el primer tercio del siglo XX. Los autores utilizan este caso como un paradigma de cómo una GPT puede estimular las innovaciones tecnológicas y organizativas, aspecto que

puede ser de utilidad para entender el impacto de las nuevas tecnologías informáticas en la actualidad.

También von Tunzelmann analiza la influencia de la tecnología, pero desde una perspectiva diferente: no tanto desde la perspectiva de la producción de tecnología, sino del uso y aplicación de la misma. Ese concepto va mas allá de la propia difusión tecnológica, ya que supone la adaptación de las tecnologías a los diferentes contextos. Y en este proceso de adaptación, que explicaría por qué unos países han sacado más partido que otros de las nuevas tecnologías, habría que incluir los marcos institucionales en los que los inventores y los productores están actuando. Por ese motivo, von Tunzelmann considera que, en la actualidad, los gobiernos deben valorar a través de qué mecanismos apoyan el cambio tecnológico, y prestar menos atención a promover la innovación y más a la adaptación de dicho proceso y a su aplicación, una conclusión similar a la del artículo anterior de David y Wright.

El siguiente bloque de artículos hace referencia a la importancia de los cambios de régimen económico y de ideología. El primer trabajo se centra en los factores que explican el desarrollo de los países asiáticos. Crafts compara el proceso actual de crecimiento de los países asiáticos con el experimentado por los países más desarrollados –Francia, Alemania, Gran Bretaña, USA y Japón– desde la Primera Guerra Mundial hasta la ac-

tualidad, y analiza qué factores han contribuido a dicho crecimiento. Utiliza una interpretación de carácter institucional, según la cual los países se industrializaron en el pasado utilizando el poder de protección que les proporcionaba el Estado y desarrollando nuevas instituciones que favorecían el desarrollo industrial. Su principal conclusión es que, aunque es posible que las instituciones puedan favorecer un proceso de crecimiento acelerado que facilite la convergencia –ejemplo: el crecimiento de Corea, que se ha visto favorecido por el apoyo del Estado–, en el largo plazo esas instituciones deberán reformarse y adaptarse a las nuevas necesidades –China como ejemplo claro de país que, si quiere convertir sus tasas de crecimiento en crecimiento sostenido, debe emprender numerosas reformas. Los países asiáticos han crecido más por un proceso de acumulación de capital y trabajo de lo que lo hizo Europa en la edad dorada de su crecimiento. Sin, embargo la contribución de la PTF ha sido menor.

Los dos trabajos siguientes –el de Davis y Foreman Peck y el de Scott Leonard– analizan el caso de la transición rusa. El primer trabajo utiliza una perspectiva muy original, al catalogar a la economía soviética como una economía típica de guerra con importantes escaseces –economía de escasez–, con un sistema muy centralizado y sin que funcione el mercado, y comparando esta situación con la que sufrió Gran Bretaña después de las dos guerras mundiales. Bajo mi

punto de vista, la comparación es arriesgada, ya que entre estos dos casos hay más diferencias que similitudes. Sin embargo, la principal conclusión que obtienen probablemente la suscribiríamos todos: una transición más gradual, que hubiese permitido un proceso de consolidación del Estado y del cambio institucional, hubiese sido mejor para la economía rusa que el cambio brusco que se produjo con mercados imperfectos y un Estado muy débil. El trabajo de Scott Leonard se centra en el problema de la privatización tras la caída del comunismo. Intenta explicar por qué los campesinos rusos, que se opusieron a la colectivización en los años treinta, en la actualidad también se han opuesto al proceso de privatización de las tierras, analizando la racionalidad de ambas conductas dado el conocimiento que los campesinos tenían del mercado, y dada la ideología y la tradición de los agricultores rusos.

El trabajo de Wilson estudia la transición en Sudáfrica, y analiza la dificultad de encontrar solución a los problemas de este país sin conocer las raíces históricas de los mismos. Para Wilson, aunque los cambios en Sudáfrica han sido muy radicales y suponen una clara ruptura con el pasado, la solución de los problemas actuales pasa necesariamente por conocer su origen. Entender que el problema de la desigualdad está estrechamente vinculado al color de la piel, que la situación en términos relativos de la mujer y de la infancia en este país es de una especial gravedad, que

los problemas de distribución de la tierra no se pueden comprender sin añadir el problema del agua, o que es imprescindible acometer serias reformas para suplir el importante déficit de capital humano del país, entre otras cosas, es muy difícil sin estudiar el pasado del país. Aunque algunos de sus argumentos son meras valoraciones personales del autor que, al menos en este papel, no quedan demostradas, el artículo ofrece un resumen muy interesante del origen de los problemas sudafricanos, y como conclusión insiste en que el proceso de desarrollo pasa necesariamente por un aumento en la inversión en las zonas rurales que evite la masiva emigración a las ciudades, donde las condiciones de vida son terribles, hay graves problemas de vivienda, una alta mortalidad, etc.

El capítulo de Conte, Toniolo y Vecchi utiliza el proceso de unificación monetaria que tuvo lugar en Italia entre 1862 y 1880 para analizar la integración monetaria europea actual. Es evidente que, al tratarse de un único país, Italia tenía toda una serie de ventajas sobre el caso actual —especialmente el hecho de tener un único banco central—, mientras que en la actualidad las ventajas derivan de las más sofisticadas y baratas nuevas tecnologías, que proveen de elementos y condiciones necesarios para que la unificación sea más efectiva. Por la experiencia del pasado sabemos que la unificación real es más tardía que la formal, que la integración de los mercados no se produce de manera

automática una vez se unifica la moneda, y que es necesario un proceso de adaptación que permita a los ciudadanos adaptarse a ésta y pensar en términos de ella. Estos autores consideran que, en el caso italiano, el proceso fue largo, de prácticamente dos décadas, y que las autoridades monetarias de la zona del euro deberían ser conscientes del problema y buscar los mecanismos para que el proceso de adaptación sea más corto.

El último capítulo de este segundo bloque analiza cómo la ideología dominante durante el periodo de la crisis del 29 condicionó las medidas de política económica adoptadas en este periodo. La ideología del patrón oro que se desarrolló durante el XIX y que consiguió sobrevivir a la primera guerra mundial fue un factor decisivo en la crisis de los años treinta. Fue esta ideología la que provocó que muchos gobiernos adoptaran decisiones que contribuyeron a hacer más grave la crisis. Sólo la sustitución de los dirigentes por otros que no formaban parte de esa retórica permitió buscar nuevas soluciones y permitió sustituir el nuevo paradigma por nuevas ideas.

El último bloque de trabajos trata de los problemas del bienestar, sobre cómo podemos medir el bienestar. El trabajo de Avner Offer ofrece una panorámica sobre los problemas y ventajas de los diferentes indicadores del bienestar, así como sobre la subjetividad que lleva implícita una determinada medida de éste. El concepto de bienestar no es independiente de

la cultura y de la ideología imperante en cada momento, de manera que un análisis de largo plazo debe tener en cuenta esas cuestiones. Uno de los aspectos más interesantes que señala el autor al estudiar el siglo XX es la relación entre el crecimiento económico y el bienestar. Offer muestra cómo, utilizando diferentes indicadores de bienestar, es posible observar una primera fase en la que el crecimiento económico produce una mejora del bienestar, en la medida en que se cubren algunas necesidades básicas y se provee a los individuos de bienes y servicios elementales para su subsistencia. Sin embargo, a partir de un momento ese patrón cambia, y aparecen rendimientos decrecientes. Bajo su punto de vista, es pronto para establecer cuáles son los motivos de dicha relación, pero sí que es necesario adoptar medidas de política económica que tengan en cuenta este factor. En ese sentido, en los países desarrollados que ya han llegado a la abundancia, los gobiernos deberían plantearse si las medidas de política económica deben seguir estando dirigidas a aumentar la cantidad de bienes y servicios, o si por el contrario deberían ir destinadas a remediar todos aquellos aspectos que producen infelicidad a la sociedad en general, dado que probablemente existe un mayor consenso en la sociedad al determinar qué es malo para el bienestar que qué es bueno.

Los dos capítulos siguientes utilizan la antropometría, y en concreto la estatura, como indicador del nivel

de bienestar en la sociedad. El artículo de Floud es más optimista y sigue reivindicando las bondades de este indicador, y considera que la información puede verse muy mejorada si conseguimos obtener índices de masa corporal. Sin embargo, el artículo de Voth y Leuning es mucho más cauto y pone de manifiesto los problemas que puede tener la utilización de los indicadores antropométricos en la actualidad. Aunque su utilidad puede ser real en el caso de los países menos desarrollados, para la mayor parte de los países de la OCDE lo que nos puede decir la estatura es poco. Por otro lado, no hay que olvidar que el peso está también influido por factores culturales. El artículo de Digby and Johansson se centra en las cuestiones vinculadas a la salud y en cómo la mejora de la misma ha sido un objetivo fundamental en muchas sociedades. Sin embargo, analiza cómo, en las sociedades más avanzadas, se ha producido un fenómeno curioso, al desarrollarse un crecimiento de lo que llamaríamos las «medicinas alternativas» frente a la medicina científica, y utilizan el estudio de Europa en la edad media para analizar esa cuestión, llegando a la conclusión de que en la actualidad ambos tipos de medicinas son más complementarias que sustitutivas.

El artículo de Solar y Smith analiza la organización de las Leyes de Pobres en Gran Bretaña y considera que su estudio puede ser útil de cara a analizar el problema al que se enfrenta Europa con la incorporación de

nuevos países de menor nivel de desarrollo y con una importante emigración. Finalmente, Thomas y Johnson analizan el envejecimiento de la población y los problemas que eso genera a la sociedad, a los cambios en la demanda de bienes y servicios, etc. Bajo su punto de vista, poca luz puede ofrecer el pasado sobre este aspecto, pero todo parece indicar que, en este campo, las instituciones tienen una gran relevancia. Las soluciones actuales probablemente serán ineficaces en un futuro próximo, y habrá que plantearse nuevas alternativas. Una de ellas ha sido la de retrasar la edad de jubilación, pero esta solución parece ineficiente. Otras soluciones tampoco parecen las óptimas: las familias cada vez están menos preparadas y tienen menos posibilidades para ayudar en el cuidado y en la financiación de sus mayores. Evidentemente, la otra solución son las pensiones privadas. Sin embargo, la evidencia procedente de Estados Unidos indica que estas iniciativas están decayendo. Además, no hay que olvidar que existe un porcentaje muy importante de la población que difícilmente puede hacer frente a un sistema de estas características. Por tanto, es necesario que los diferentes estados sean conscientes de la necesidad de buscar soluciones más realistas.

Evidentemente, en un libro con tal cantidad de artículos no todos pueden tener la misma calidad, ni abordar temas de igual interés. Sin embargo, la calidad media de los trabajos es muy aceptable, y todos ellos invitan

a la reflexión sobre temas de absoluta actualidad. Dada la heterogeneidad de los temas tratados, desde el punto de vista docente es difícil que el libro pueda ser recomendado en su totalidad; no obstante, algunos de sus capítulos pueden ser extremadamente útiles, bien porque ofrecen una panorámica muy completa del tema tratado, bien porque son muy ilustrativos de cara a vincular el pasado con la actualidad.

Bajo mi punto de vista, la crítica más importante al libro no se refiere a lo que incluye, sino a lo que le falta. El libro constituía, sin duda, una oportunidad magnífica para ofrecerle un primer homenaje escrito al Profesor Feinstein, ya que, como señalé anteriormente, su origen está en la recopilación de los trabajos que se presen-

taron en un *Symposium* celebrado en su honor. Sin embargo, no hay a penas ninguna mención al Profesor Feinstein, a su obra y a la trascendencia que ha tenido su trabajo para la historia económica. Sin duda, tras su muerte se publicarán algunos trabajos en su honor, pero este libro debería haber sido el primero de ellos. Los que conocimos al Profesor Feinstein y asistimos a su clases somos conscientes de que muchos de los trabajos y, evidentemente, de las personas que han participado en ese libro, le deben mucho, y eso debería haber quedado reflejado de forma mucho más explícita en el libro.

M^a Ángeles PONS
Universidad de Valencia

Peter H. LINDERT. *Growing Public. Social Spending and Economic Growth Since the Eighteenth Century*, Volume I, *The Story*. Cambridge: Cambridge University Press, 2004.

El crecimiento del gasto público en el siglo XX ha sido espectacular y sin precedentes. En esto hay acuerdo entre todos los autores que se han ocupado del tema. Mucho menos acuerdo hay sobre las causas de este crecimiento. El libro de Peter Lindert aquí comentado pretende, entre otras cosas, dilucidar tales causas, además, por supuesto, de describir las principales características del fenómeno, su desenvolvimiento a largo plazo, y plantear –y en muchos casos resolver– varias de las incógnitas que el

tema sugiere. El volumen es, como el título indica, la primera parte de una obra en dos volúmenes. Lindert, que lleva ya muchos años trabajando sobre el tema y que ha publicado en *Explorations in Economic History* las principales series, ha optado por una solución parecida a la de Fogel y Engerman en su celebrado libro sobre la esclavitud en Estados Unidos, *Time on the Cross*: dividir el libro en dos tomos, ofreciendo en el primero los principales hechos, a menudo resumidos en cuadros y gráficos, y las con-

clusiones, y dejando para el segundo la masa de cifras y la econometría. En cualquier caso, como dije, las series básicas están en *Explorations* (1994) y, con mayor detalle, en un documento de trabajo del Departamento de Economía de La Universidad de California Davis (1992). Este reseñador no ha tenido acceso al volumen II, por lo que se limitará a comentar el presente volumen, pero también hará referencia a las compilaciones de series publicadas y anteriormente referidas.

Hay que comenzar diciendo que el trabajo de Lindert es impresionante en lo que se refiere a acumulación y análisis de datos, que abarcan un largo período y un número muy alto de países. Si bien el aumento fuerte del gasto público tuvo lugar en el siglo XX, Lindert se remonta al XVIII para buscar los orígenes del crecimiento, aunque las cifras para ese primer período sean muy fragmentarias y casi exclusivamente referidas a Inglaterra, Francia, algún que otro país europeo, y Estados Unidos. En realidad, las series numerosas y continuas comienzan en 1880, si bien hay ya datos relativamente nutridos para las décadas centrales del XIX. En esto Lindert se comporta como un verdadero historiador económico, tratando de remontarse en el tiempo para mejor comprender el fenómeno. Para el siglo XX hay otro libro –Vito Tanzi y Ludger Schuknecht, *Public Spending in the 20th Century* (Cambridge University Press, 2000)– con series parecidas para esa misma centuria; pero el método y el análisis de Lindert

son muy superiores, con la consecuencia de que sus observaciones y conclusiones sean mucho más interesantes, penetrantes, y convincentes que las de Tanzi y Schuknecht.

Algunas constataciones de Lindert son importantes y novedosas. Aunque el crecimiento más espectacular del gasto tuvo lugar en el siglo XX, éste empezó claramente a crecer –en términos absolutos y en relación con la renta nacional– desde las décadas finales del XIX. Y uno de sus principales componentes, las compensaciones a familias o individuos pobres, se daban ya en los pocos países para los que hay datos a finales del XVIII, y quizá antes. Por otra parte, aunque el origen de la moderna seguridad social se atribuya de manera unánime a Bismarck, las cifras de Lindert muestran que Dinamarca comenzó antes y en cantidades mayores a subvencionar estos programas de ayuda a las clases menos favorecidas. Es en los años veinte, con la revolución social que tuvo lugar en Alemania tras la Primera Guerra Mundial, cuando sus gastos sociales se pusieron a la vanguardia mundial, para caer luego, relativa y absolutamente, con el triunfo del Nazismo. Otra constatación de Lindert es lo que él llama la Paradoja de Robín de los Bosques (*Robin Hood Paradox*): no son los pobres más necesitados los que reciben más ayuda, sino al contrario. Los países que más transfieren son aquellos en los que menos desigualdad social hay. Puede pensarse que esta menor desigualdad se deba a la redis-

tribución, pero es bastante claro que los países redistribuidores ya eran más igualitarios desde el principio. Otra paradoja que sorprenderá a muchos es que, en contra de lo que se afirma comúnmente por muchos economistas, a largo plazo los países más redistribuidores no han crecido menos que los menos igualitarios. Tomando una muestra de 19 países desarrollados, la mayoría europeos, pero incluyendo a Estados Unidos, Japón, Australia, y Nueva Zelanda, Lindert muestra que no hay correlación a largo plazo entre transferencias estatales y crecimiento de la renta para el período 1880-2000 (Tabla 1.3, p. 17). Las políticas redistributivas, por tanto, han sido «un regalo» (*free lunch*), no han tenido coste, es decir, no han conllevado un sacrificio en términos de menor crecimiento. Si los ataques conservadores a las políticas redistributivas, por tanto, no parecen tener fundamento, tampoco parecen tenerlo, según Lindert, las airadas lamentaciones de los progresistas que han denunciado el «desmantelamiento del Estado de Bienestar» en décadas recientes. Lindert incluye un capítulo (el 11) irónicamente titulado «La bien conocida desaparición del Estado de Bienestar sueco» donde muestra que los vaivenes políticos en la Suecia de los años ochenta y noventa solamente frenaron el crecimiento e incluyeron algunos retoques al frondoso sistema de bienestar sueco. En total, resulta muy poco razonable esperar continuos aumentos de unos sistemas de redistribución como los europeos, que

ya se llevan como media más del 40 por 100 de la renta nacional, y rasgarse las vestiduras ante cualquier retoque o limitación a ese crecimiento.

¿Cómo explica Lindert esta expansión del sistema redistributivo? En primer lugar, existe una evidente correlación entre democracia y Estado de Bienestar. Los avances de la democracia, medidos por la proporción de votantes dentro del censo total, están íntimamente relacionados con el crecimiento del gasto público y el sistema de transferencias que se ha dado en llamar Estado de Bienestar. Lindert se muestra más convencido por esta explicación —que a este reseñador le parece muy convincente— en el libro que en publicaciones anteriores. También se ha aducido el voto femenino como factor importante en el aumento del gasto público: a Lindert le convence menos esta teoría porque no cree que hubiera mucha diferencia sexual en el voto. Otro factor al que Lindert concede importancia es la edad de la población: al envejecer la sociedad, viene a decir, se hace más consciente de la necesidad de apoyo que tienen los grupos menos favorecidos. Y, por supuesto, un factor necesario es la riqueza social: sólo aquellos países que pueden dedicar una parte tan alta de su renta a la redistribución son capaces de poner en práctica esos programas. Estudiando una muestra de países de renta baja se ve claramente que el gasto asistencial y social en ellos es muy bajo.

En general, Lindert busca explicaciones lógicas a sus paradojas. Si,

contra el prejuicio de gran parte de la profesión económica, la redistribución no desincentiva el crecimiento, nos dice, ello se debe a que las políticas redistributivas favorecen este crecimiento más, o lo desincentivan menos, de lo que comúnmente se piensa: por ejemplo, los que dejan de trabajar por el subsidio de paro son los menos motivados y productivos; igualmente los que se acogen a la jubilación anticipada; los impuestos que se recaudan en los países redistributivos no son los que gravan el capital —lo que favorece la inversión— sino los que gravan el trabajo y el consumo —lo cual, además de deprimir menos la inversión, constituye una sorpresa—; sí, señores, nos dice Lindert, el sistema impositivo en los países igualitarios es menos igualitario que en los poco redistributivos. Además, parte del gasto social estimula el crecimiento: la ayuda a las madres trabajadoras, en especial las guarderías, favorece la incorporación al trabajo de mujeres jóvenes y acti-

vas; la medicina socializada mejora la salud y alarga la vida de los trabajadores. Igualmente, el libro está lleno de otros ejemplos curiosos de paradojas explicables: ¿por qué aumentó tanto el gasto social en Inglaterra durante la segunda mitad del XVIII, para luego caer tras las guerras napoleónicas? ¿Por qué fue Alemania y no Inglaterra la pionera en educación popular en el siglo XIX? Las respuestas son complicadas, pero convincentes. Recomiendo al lector que las busque en los capítulos 4 y 5 de este libro fascinante, ya que aquí no hay espacio para entrar en ello. Aunque adolece de un estilo literario a veces excesivamente didáctico y un poco ramplón, este libro es una excelente muestra de cómo la historia económica puede servir para mejor comprender los problemas del pasado e iluminar los del presente.

Gabriel TORTELLA
Universidad de Alcalá

Paul SEABRIGHT. *The Company of Strangers. A Natural History of Economic Life*. Princeton y Oxford: Princeton University Press, 2004, Pp. 304, notas, bibliografía e índice alfabético, 20,37 \$.

El libro que comentamos proporciona una apasionante panorámica sobre la evolución del Planeta, tanto biológica como económica, a lo largo de los últimos diez millones de años. A partir de la economía y en busca de la historia, el autor arranca de la historia natural de nuestra especie, y de

otras afines, para trazar un cuadro evolucionista en el sentido más estricto y *biologicista* del término, en torno a la singularidad evolutiva que representan los seres humanos y la trascendencia de su ventaja competitiva frente a otras especies. En su relato hace intervenir los más modernos

adelantos de la economía, la biología y la genética, de la psicología evolucionista, la arqueología, la antropología y un largo etcétera de ideas recientes, que se articulan armónicamente en torno a una cuestión central: la extraordinaria y, en cierto modo «antinatural», evolución de la capacidad organizativa de la especie humana.

El libro está articulado en torno al desarrollo de la capacidad cooperativa en el seno de las sociedades humanas, un proceso que se tradujo en el aumento sostenido a largo plazo del número de los cooperantes, de la complejidad y especialización de los términos cooperativos y en una flexibilidad y profundidad cada vez mayores. Todo ello se pone de manifiesto en sociedades cada vez mayores y más interconectadas que, para configurarse así, han debido resolver complejos problemas.

Aparte de la alta calidad del texto, su éxito comercial se apoya sobre una poderosa figura retórica, un brillante oxímoron que vincula, en fecunda paradoja, sociedad –tantas veces asociada a ideas como raza, pueblo, tribu, grey, gente, curia, estado o nación– y extranjería –por lo general vinculada a términos como advenedizo, bárbaro, intruso o indeseable– en un par lógico mutuamente contradictorio pero extraordinariamente explicativo: aquel mono feroz que pudo haber sido nuestro primer antepasado diferente de los simios, en la medida en que estuviera biológicamente preparado para la caza y la autodefensa, debió estar equipado también con una

innata hostilidad hacia los extraños. No obstante, sus descendientes han sido capaces, y ello durante los pocos milenios que nos preceden –concretamente, desde la revolución neolítica– de generar nuevas pautas culturales, nuevas instituciones y, con ellas, una capacidad inusitada para la cooperación abierta, flexible y a larga escala, una cooperación que necesariamente implica cooperantes absolutamente extraños entre sí. Es un proceso presentado como «el gran experimento» de la humanidad. Todo lo cual está desenvuelto con gran amenidad y notable variedad y modernidad argumental, rasgos ambos que permiten al autor presentar al hilo de su exposición una gran variedad de fenómenos diferentes con una amplia variedad de registros interpretativos, incluida una deliciosa explicación neurobiológica de la sonrisa en los seres humanos.

En su esquema tan sólo echo en falta un aspecto fundamental: la memética. Aunque el autor se proclama amigo personal de Susan Blackmore y, desde luego, cita su libro principal de 1999 (*The Meme Machine*, Oxford University Press), no le da la relevancia que merece a mi juicio. Empeñado en apreciar la continuidad evolucionista que arranca de la biología y concluye en la compleja sociedad moderna, Seabright obvia un tanto la gran transformación que representó el desarrollo de la capacidad intelectual y comunicativa del ser humano: la evolución natural proporcionó a los hombres una ventaja com-

petitiva que pronto se tornó insostenible para las restantes especies, que se vieron en adelante abocadas a someterse o a desaparecer. Una vez consolidada, dicha ventaja impuso gradualmente los dictados humanos sobre el conjunto de la naturaleza, hasta sustituir la evolución biológica por la evolución cultural. Blackmore, en cambio, resalta dicha ruptura cualitativa que, a mi modo de ver, expresa tanto las raíces biológicas y el contexto natural de los seres humanos como la singularidad y relevancia de la historia humana, incluida la arqueología, por supuesto.

La obra está construida en cuatro partes. La primera y más breve se dedica a introducir un tema hoy ya bien conocido: la emergencia espontánea de un orden complejo –natural o social– a partir de la acción de los sujetos individuales. Y para instrumentarla, otra brillante metáfora, la «visión en túnel» –¿con orejeras, diríamos tal vez en España?–, un término con reminiscencias autistas pero que aquí aparece con el sentido invertido en lo que podría haber sido otro poderoso oxímoron: algo así como «la riqueza de la simplicidad». Esta concepción, tan alejada del conocimiento perfecto grato a la economía neoclásica, permite a los agentes sociales y económicos centrarse en la ejecución de tareas simples y autoinducidas, sobre las que tienen control real, dejando para complejos fenómenos supra-individuales la construcción del orden y de la complejidad social y económica.

En la segunda parte traza lo que podríamos llamar una economía política de la cooperación. Partiendo de la dificultad natural (genética) para confiar en los extraños, baraja con claridad y maestría conceptos como la ley de los grandes números y las posibilidades que encierra, las externalidades de las acciones individuales, el riesgo y la incertidumbre y, entre otros muchos, la especialización y la escala de la producción. Las ventajas y las oportunidades que encierran unos se ven coartadas por los estrechos límites que imponen otros, de modo que la historia viene a configurarse como una lenta y difícil tarea de construcción social de instituciones capaces de sentar bases firmes para nuevos adelantos colectivos.

La tercera parte, la más larga del libro, revisa en seis capítulos sucesivos algunos temas de los que han atraído recientemente la atención de especialistas, historiadores y economistas, y que se relacionan directamente con las ideas expuestas en la parte anterior. La economía de las ciudades, para empezar, seguida de las instituciones y los derechos de propiedad –que trata en un caso tan singular y controvertido como es la gestión del agua–, la sociedad de mercado y los mecanismos de formación de los precios en ella, las organizaciones y su compleja ecología, y, para terminar, la economía de la información. Y, como protagonistas, aparecen la naturaleza en su conjunto, las bandas cazadoras, las aldeas agrícolas, las ciudades, las corporaciones y otras más en esa línea.

En la cuarta y última parte, el autor se centra en las grandes instituciones de antaño y hogaño –los Estados, los imperios y el futuro de la globalización en un marco caracterizado por el conflicto y, simultáneamente, la cooperación entre ellos.

Es obvio que no se trata de un libro de historia económica, al menos no de forma típica ni principal. Pero, tanto por sus puntos de vista como por muchos de los detalles de que se ocupa, la obra constituye una aportación imprescindible para los cultivadores de la disciplina y un incentivo para impulsar enérgicamente los análisis de larga duración, en contra de la tendencia, hoy demasiado generalizada, de limitar el estudio de la disciplina a los periodos y los temas recientes. Especial interés merece la bibliografía que cita, y no sólo por los numerosos textos de economistas e historiadores que incluye, sino más aún por quienes no son moneda común en este territorio intelectual. Autores como Diamond, Hutchins, Meggit –antropólogos–, Mithen –arqueólogo y antropólogo físico–, Cavalli-Sforza y Dunbar –biólogos evolucionistas y genetistas–, Hall y Jacobs –expertos en ciudades–, Wrangham y Peterson –etólogos–, Frank, Blackmore y Luhrman –psicólogos y estudiosos del comportamiento y psicología evolucionista–, Boyd

o Richerson –sociobiólogos–, son formalmente invitados a incorporarse al tronco principal de la nueva síntesis histórica, que sin duda será la dominante en la próxima generación. Y, junto a ellos, historiadores bien conocidos como Chandler, Landes, Jones o Pomeranz son invocados una y otra vez, así como especialistas en temáticas históricas nuevas o seriamente renovadas como Cohen –comercio y banca en la Antigüedad–, Eisenstein –historia cultural–, Hanson –historia bélica y militar–, en una vasta panorámica que, si por un lado evidencia la amplitud cronológica, temática y cultural de las nuevas corrientes analíticas, constituyen un magnífico alegato para trabajar firmemente en esta línea, cuyos vacíos quedan ahora más claramente en evidencia que nunca.

El autor, profesor de teoría económica en la Universidad de Toulouse, es experto en la economía rusa, en la cual se ha ocupado del retorno a la economía de trueque. Una especialización que, sin duda, lo ha familiarizado con las paradojas y con la enorme variedad que puede asumir la acción social y sus contradicciones, y que habrá impulsado vigorosamente la redacción del libro que nos ocupa.

Gregorio NÚÑEZ
Universidad de Granada

E.A. WRIGLEY. *Poverty, Progress and Population*. Cambridge, Cambridge University Press, 2004, Pp. 463.

Este libro es una recopilación de quince artículos, algunos nuevos, otros ya publicados, de uno de los más reconocidos expertos en demografía histórica, fundador en 1964 del *Cambridge Group for the History of Population and Social Structure* que, en treinta años de trabajo, transformó la visión que los historiadores económicos tienen de la evolución de la población inglesa hasta el siglo XIX. E.A. Wrigley, además, hizo grandes y originales aportes al conocimiento de la historia económica de la Inglaterra Moderna y los cambios experimentados por este país durante el proceso de la Revolución Industrial.

El libro se divide en tres partes. La primera es la más extensa, incluye ocho artículos y se titula «Los orígenes del crecimiento». Seis artículos de esta primera parte –1, 2, 3, 6, 7, 8– exploran una pregunta que hoy está en el centro de gran parte de la teoría del crecimiento económico de largo plazo: «¿Por qué la humanidad tuvo durante miles de años un ingreso per cápita virtualmente estancado y, en algún momento durante el siglo XIX, consiguió cambiar la tendencia y entrar en una dinámica de crecimiento sostenido?» Esta pregunta está relacionada con tres conceptos clave en la interpretación de Wrigley de la evolución económica inglesa entre el siglo XVI y el siglo XIX.

El primer concepto es el de rendimiento marginal decreciente del factor

trabajo en las economías básicamente agrarias de la Europa preindustrial; su consecuencia más importante es que, ante la ausencia de mejoras tecnológicas o de aumentos de la eficiencia, un aumento de la población generaría una caída del ingreso per cápita. Esta hipótesis y su validez para describir la situación inglesa antes del siglo XIX, muy frecuentemente ligadas a la producción intelectual de Malthus, es rastreada también por el autor en los escritos de Ricardo y Smith, sugiriendo abundantes e interesantes comparaciones entre estas figuras clave del pensamiento económico clásico.

El segundo concepto es el de división del trabajo, y la posibilidad de que sus efectos positivos sobre la eficiencia permitan compensar o retrasar el impacto empobrecedor del aumento de la población en un contexto de rendimiento marginal decreciente del trabajo.

El tercer concepto, enfatizado por el mismo Wrigley en el debate sobre la Revolución Industrial, es la hipótesis de que el cambio crucial que se produce en el siglo XIX –en Inglaterra primero, y luego en el resto del mundo– es el reemplazo de la energía vegetal, toda ella basada en última instancia en el proceso de fotosíntesis, por la generalización del uso de energía mineral –primero carbón y luego petróleo. Este cambio en las fuentes de energía sería el elemento clave

que habría permitido a la humanidad superar la a veces llamada «trampa malthusiana» y entrar en el crecimiento económico sostenido.

Una combinación inteligente de estos conceptos permite desarrollar en estos seis artículos una serie de elegantes e interesantes reflexiones sobre el por qué del nacimiento del crecimiento económico sostenido, y por qué éste se originó en Inglaterra, sobre la imposibilidad de superar la pobreza dentro de las limitaciones energéticas de las economías «orgánicas», sobre la evolución de Inglaterra en su paso de una economía «orgánica» a una «mineral», sobre el declive holandés ante su estancamiento dentro de los límites de una economía orgánica, y sobre otros temas relevantes para la historia del desarrollo económico de la Europa Moderna. Sin embargo, la lectura de estos trabajos de manera consecutiva hace evidente el problema más serio de este libro: la selección y ordenación del material no es adecuada. En este caso, estos artículos son demasiado similares, comparten demasiado los mensajes centrales e incluso repiten citas e ideas de manera sorprendente y por momentos chocante.

La pregunta central de los otros dos artículos de esta primera parte —el 4 y el 5— es cómo ha cambiado la estructura ocupacional de Inglaterra en la primera mitad del siglo XIX. Basándose en los censos de población, en estos artículos se exploran la dimensión y las características del cambio estructural de la economía inglesa, poniendo especial énfasis en las nece-

sidades de corrección y ajuste minucioso de la información provista por los censos, debidas a las inconsistencias en la definición de categorías profesionales y en la formas caprichosas de la agrupación de la información. Dada la relación generalmente estrecha entre crecimiento económico y cambio estructural, podría pensarse que estos artículos serían buenos complementos de la discusión presente en los otros seis de esta primera parte. Sin embargo, el tono y la metodología son claramente diferentes: mientras los seis artículos comentados anteriormente son ensayos generales, adecuados para ser sugeridos a un estudiante de licenciatura y donde se combinan ideas e hipótesis de manera creativa y poco precisa, estos dos artículos parecen por momentos una serie de recomendaciones metodológicas para aquellos especialistas interesados en analizar minuciosamente los criterios de clasificación de la información sobre categorías laborales en los censos históricos. Así, la conexión entre los dos grupos de artículos parece mas bien lejana y forzada.

La segunda parte del libro incluye tres artículos sobre la urbanización, el crecimiento de las ciudades y la relación entre el ámbito rural y el urbano. Desde el punto de vista temático, estos artículos están a mitad de camino entre los seis de la primera parte, relacionados con el crecimiento, y los dos relacionados con la metodología del cambio estructural.

Quizá la novedad más importante introducida en esta parte del libro es

que, desde el punto de vista del análisis económico, el lado de la demanda empieza a tener un rol crucial en el análisis del proceso de crecimiento económico, la urbanización y el cambio estructural. Por ejemplo, Wrigley sugiere que el crecimiento de las ciudades sólo será posible cuando los habitantes del campo demanden aquellos bienes que se producen más eficientemente dentro de los centros urbanos –típicamente, bienes manufacturados y servicios–, que los límites al crecimiento de la productividad agrícola pueden romperse cuando una demanda urbana lo suficientemente fuerte genera una especialización que permite un aumento de productividad, que el aumento del ingreso per cápita genera cambios en la estructura de la demanda que, a su vez, estimulan el cambio estructural y la urbanización. Esta parte del libro es la más homogénea, y se obtiene de ella una interesante pintura, ni demasiado específica ni demasiado general, de los temas planteados.

La tercera parte consta de cuatro artículos, relacionados más directamente con una de las especialidades del autor: la demografía histórica. En esta parte nuevamente se combinan aportes de tono diverso. El primero explora las causas del incremento de la fertilidad dentro del matrimonio en Inglaterra en el siglo XVIII, sugiriendo que puede estar explicada por la reducción de los abortos espontáneos. Este tema es importante para la historia económica inglesa, dado que uno de los aportes más novedosos de

las investigaciones del grupo de Cambridge es que el crecimiento demográfico inglés del siglo XVIII fue debido más al aumento de la fertilidad que a la disminución de la mortalidad. El segundo coloca el patrón demográfico inglés en perspectiva comparada usando las categorías de sistemas demográficos de «alta presión» –con alta mortalidad y alta fertilidad– y de «baja presión» –con baja fertilidad y baja mortalidad–, el cual correspondería al caso inglés. En este caso, el artículo está dirigido a un público menos especialista, y su tono es más divulgativo. Los dos últimos trabajos del libro pueden interpretarse como una defensa de los métodos usados por el grupo de Cambridge para la reconstrucción de la población inglesa. Uno de ellos analiza los posibles efectos distorsionantes de las migraciones en las reconstrucciones familiares, y el otro estudia la plausibilidad global de las estimaciones de la evolución demográfica inglesa del mencionado grupo, haciendo comparaciones con la evolución de otros países y ofreciendo varios chequeos cruzados y análisis de sensibilidad. Como es de esperar, el autor concluye que, más allá de las inquietudes acerca de los supuestos metodológicos empleados, los resultados de su trabajo son merecedores de confianza.

Es difícil elaborar un juicio de valor global sobre este libro. La gran cantidad de artículos y su diversidad hace imposible un análisis profundo de cada uno de ellos. La (a mi gusto) incorrecta selección de los artículos

genera a veces la sensación de innecesaria repetición, y a veces la convicción de que sólo algunos especialistas mantendrán un nivel de interés más o menos homogéneo por los distintos enfoques, énfasis y metodologías seleccionadas. Sin embargo, dada la importancia innegable de las contribuciones del autor, parece obvio que hasta que no tengamos algo parecido a las «Obras Completas» de E.A. Wrigley, éste es un libro que debe estar en toda biblioteca que pretenda cubrir seriamente el área de ciencias sociales. Para aquellos interesados en

las áreas de historia económica y demográfica, también este libro reúne trabajos interesantes, y en algunos casos imprescindibles. Para el resto de posibles lectores interesados, es probable que el libro pueda considerarse una adecuada obra de referencia, la cual, sin ser exhaustiva, ofrece una curiosa combinación de bocetos de grandes y sugerentes trazos, combinados con pequeños y minuciosos diseños plenos de detalles.

Esteban NICOLINI
Universidad Carlos III de Madrid

Francisco COMÍN y Daniel DÍAZ FUENTES, *La empresa pública en Europa. Una perspectiva histórica*. Madrid, Síntesis, 2004. Pp. 381, 23,80 €.

Como afirman los autores de este singular –por valioso y por atípico– libro, la historia de la empresa pública ha sido un tema, por lo general, poco común en las agendas de investigación de los académicos, no sólo de nuestro país, sino de buena parte del mundo. En España, la excepción a esta norma la protagoniza, precisamente, la fructífera trayectoria de investigación de los dos firmantes de la obra que se presenta. Baste recordar, en el caso de Francisco Comín, su abundante producción historiográfica sobre la Hacienda Pública (1996, Crítica) o sobre el INI (1991, Espasa-Calpe, en colaboración con Pablo Martín Aceña), por poner sólo dos ejemplos. La presencia de Daniel Díaz Fuentes en este libro viene igualmente justificada por sus trabajos en el terreno de las privati-

zaciones empresariales en Europa, entre los que destaca *Privatisation in the European Union: Public Enterprises and Integration* (2003, Kluwer, junto con Judith Clifton y el propio Francisco Comín).

El carácter valioso y atípico de *La empresa pública en Europa*, al que se aludía líneas arriba, se justifica, por una parte, porque las obras que tratan de abordar temáticas amplias con visiones que trascienden el caso nacional no son comunes en España. Por otra, no hay que dejar de lado la ingente labor de documentación que los autores han llevado a cabo para ilustrar la realidad de cada uno de los países analizados, así como la hondura con la que exponen las principales conclusiones del trabajo. Todo ello da como resultado un libro sólido, completo, pedagógico

—incluso excesivamente pedagógico en ocasiones— y bien escrito, que cubre un importante nicho en el «mercado» historiográfico español. Este trabajo se une a la trayectoria internacional iniciada hace unos años por obras como *The Rise and Fall of State-Owned Enterprise in the Western World*, editada por P.A. Toninelli (2000, Cambridge University Press), y continuada más recientemente por otras como *L'entreprise publique en France et en Espagne, XVIII^e-XX^e siècles*, coordinada por C. Bouneau y A. Fernández (2004, Maison des Sciences de l'Homme d'Aquitaine).

Otro de los puntos fuertes del libro de Comín y Díaz Fuentes es el amplio espectro cronológico que abarca: de las reales fábricas nacidas en la edad moderna hasta nuestros días. Aunque no es habitual que los historiadores miren hacia el futuro, los autores —sin pretender ser adivinos— lanzan algunas hipótesis sobre cuál podrá ser la evolución de la empresa pública en épocas venideras, a la luz de la evolución demostrada por esta modalidad emprendedora en el pasado y en el presente. En este sentido, la obra no sólo resulta adecuada para estudiantes y especialistas en historia económica, sino también para políticos y administradores públicos en general, un gremio no demasiado proclive a descubrir utilidad en los trabajos de los historiadores académicos. A pesar de la creciente ola de privatizaciones que se está viviendo en el mundo occidental, para los autores el porvenir de las empresas públicas no es del todo des-

alentador si se tiene en cuenta que los gobiernos no suelen dejar quebrar a las grandes empresas, salvo en contadas ocasiones de corrupción, escándalo o mal gobierno. De hecho, esta función de «hospital de negocios», ejercida por las diferentes administraciones nacionales, ha estado en el origen de una parte considerable de las empresas públicas. ¿Qué razón hay para que esta realidad persistente y demostrable cambie en el futuro?, se cuestionan los autores. Evidentemente, la pregunta —de momento— no tiene respuesta: el tiempo será el encargado de corroborar la hipótesis de Comín y Díaz Fuentes o de echarla por tierra.

La empresa pública en Europa está estructurada en siete capítulos, más una Introducción y unas Conclusiones, concebidas en realidad como otros tantos apartados con entidad propia. Tras un primer capítulo que aporta una reflexión de conjunto sobre la evolución secular de la empresa pública, así como sobre los factores que, a lo largo de la historia, han incidido en su creación, se sigue un criterio cronológico para exponer el desarrollo de esta modalidad empresarial en los principales países de Europa. De las reales fábricas, inspiradas en principios mercantilistas, se pasa a las empresas públicas creadas, desde mediados del siglo XIX, bajo modelos liberales. De éstas se da el salto a las iniciativas aparecidas en el período de entreguerras, una etapa marcada por el resurgimiento del nacionalismo económico, y, de aquí, a las nacionalizaciones puestas en marcha tras la Segun-

da Guerra Mundial, cuando comenzó a primar un nuevo orden económico internacional de inspiración keynesiana. El siguiente «momento» en la creación de empresas públicas es la llamada «edad de oro del capitalismo» (1950-1975), una etapa dividida por las graves consecuencias económicas y políticas de la crisis de la década de 1970. Para concluir, el libro aborda el ocaso de la empresa pública europea y el inicio de la oleada privatizadora vivida en los últimos años. Desde el punto de vista de la edición del texto, se echa en falta un índice alfabético de nombres propios de personas y empresas que, en una obra de estas características, habría resultado especialmente útil.

Aunque los autores describen con cierta modestia los objetivos esenciales de la obra —la principal razón del libro, afirman, «no va más allá de la explicación de la vida de las empresas públicas: su gestación, su nacimiento, su crecimiento [...] y su muerte» (p. 12), a la que más adelante añaden otras, como mostrar las lecciones que la historia proporciona al respecto y tratar de descubrir los motivos reales que llevaron a los políticos a crear o a privatizar empresas públicas, por encima de las razones teóricas que aparecen en los libros de texto—, lo cierto es que cualquiera de ellos por separado y, por supuesto, todos en conjunto tienen muy poco de modestos; más bien al contrario. Para mayor complicación, Comín y Díaz Fuentes pretenden abordar su trabajo de manera «desapasionada», sin dar rienda suelta al «estig-

ma ideológico» que siempre ha rondado a las empresas públicas: con frecuencia se ha tendido a pensar que los partidos conservadores eran contrarios a ellas, mientras que los progresistas estaban a su favor. Ciertamente, prescindir de estas simplificaciones y pasar a considerar a las empresas públicas como un instrumento más de la política económica que, en sí mismo, no es bueno ni malo, sino cuya eficiencia depende de las circunstancias del momento y del uso que los gobiernos hagan de él, constituye un punto de partida estimulante, aunque complicado. Sobre todo, porque el desapasionamiento total, la objetividad absoluta, no es factible, al menos en las ciencias humanas y sociales, y, por supuesto, ello se trasluce en el libro en distintas ocasiones. Sin embargo, siempre es necesario cierto grado de apasionamiento para que el resultado final de un proyecto sea positivo.

En cualquier caso, si por desapasionamiento se entiende ecuanimidad, sí es reseñable el esfuerzo hecho por los autores a la hora de tratar algunos aspectos, como el polémico papel representado por el INI en el proceso de industrialización en España, de manera equilibrada, sin caer en los «acaloramientos» que han acompañado a esta cuestión en los últimos tiempos.

Evidentemente, cuando las metas son tan complejas, es difícil que el resultado final esté a la altura de las circunstancias; no obstante, Comín y Díaz Fuentes han sido capaces de desarrollar un trabajo bien estructurado, muy completo y bastante coherente

con los objetivos marcados. Sobre todo es destacable su afán por contextualizar los hechos en marcos analíticos más amplios y por acompañar los acontecimientos económicos con realidades sociales, políticas e ideológicas que, sin duda, incidieron directamente en ellos. Por otra parte, con la contundencia que aportan los hechos empíricos, los autores han logrado poner en cuestión la interpretación tradicional del origen de las empresas públicas, que hacía hincapié en tres razones fundamentales: de tipo político –en el origen de las nacionalizaciones se situaban las creencias ideológicas de los políticos que las pusieron en práctica–, de tipo fiscal –la creación de empresas públicas obedecía a su eficacia recaudatoria– y de tipo económico –las empresas públicas aparecieron sobre todo para regular monopolios naturales. Para Comín y Díaz Fuentes, esta explicación tradicional se ha quedado bastante anticuada y aporta una visión simplista de la realidad histórica. El colorido que los hechos aportan tiene múltiples gamas y tonalidades: las empresas públicas surgieron en ocasiones por estatizaciones o nacionalizaciones de compañías privadas que vivían momentos difíciles, por motivos estratégicos y de defensa nacional, para gestionar directamente propiedades del Estado, para lograr objetivos sociales como la redistribución de la renta o el mantenimiento del empleo, para subsanar la ausencia de empresarios interesados en invertir en determinados sectores, por razones nacionalistas, para responder a deter-

minadas demandas y presiones sociales, etc. Algo parecido ocurre con el proceso inverso, las privatizaciones, que en la mayor parte de las ocasiones estuvo determinado por circunstancias particulares de cada uno de los países. Por supuesto, una vez más, la realidad supera al encorsetamiento de las teorías, aunque estas últimas sean muy útiles para hacer interpretaciones globales que vayan más allá de la particularidad de los hechos.

En resumen, la oportunidad de la obra que se presenta es evidente por varias razones: en primer lugar, porque aborda un tema relativamente olvidado por los historiadores y los teóricos de la economía. En segundo término, porque abarca un marco cronológico muy amplio que llega hasta nuestros días, algo que sin duda aporta interés y utilidad para lectores poco habituales de los trabajos de los historiadores académicos. Y, por último, porque metodológicamente el libro pretende llevar a cabo un análisis comparativo de la empresa pública en distintos países europeos, un activo no muy frecuente en la mayor parte de los trabajos del área que se editan en España. Esta última es, a mi modo de ver, la principal aportación de la obra. El contraste entre realidades que trascienden las fronteras de un solo país siempre proporciona, como es el caso, mayor hondura a las conclusiones obtenidas. Esperemos que cunda el ejemplo.

Carmen ERRO GASCA
Fundación Universitaria de
Navarra-Universidad de Navarra

Stuart B. Schwartz (ed.): *Tropical Babels. Sugar and the Making of the Atlantic World, 1450-1680*. Chapel Hill y Londres: University of North Carolina Press, (2004). Pp. xiii + 347, cuadros, gráficos, mapas, ilustraciones, índices. \$59.95 (cloth), ISBN: 0-8078-2875-0; \$22.50 (paperback), ISBN: 0-8078-5583-3.

Tropical Babels es el último de una serie de libros colectivos dedicados a la historia de la industria azucarera en América y el mundo atlántico en general –incluyendo en este caso a la Península Ibérica y las posesiones hispano-lusitanas en África: Canarias, Madeira, Azores, Cabo Verde y São Tomé, fundamentalmente. La edición de ese tipo de obras, fruto de la contribución colectiva y coordinada de varios autores, había sido relativamente tradicional en los estudios de un problema que, con el paso del tiempo y por su importancia, se ha convertido en un tema historiográfico de primer orden y dotado de especificidad, debido tanto al número y calidad de las publicaciones con que cuenta como a la relevancia de su objeto de análisis en la configuración de las economías, sociedades y Estados, latinoamericanos especialmente.

Las obras más conocidas y citadas entre los estudios colectivos de historia de la industria azucarera, en este caso no sólo en el mundo atlántico, son las editadas por B. Albert y A. Graves, *Crisis and Change in the International Sugar Economy, 1860-1914* (Norwich y Edimburgo, ICS, 1984), y *The World Sugar Economy in War and Depresión* (Londres, Routledge, 1988), pero se publicaron muchas otras, varias de ellas resultado de congresos, como por ejemplo

El azúcar en América Latina y el Caribe (Cuernavaca: AEAEM, 1985), e infinidad de libros dedicados a analizar uno de los principales problemas generados por la producción del edulcorante: la trata y la esclavitud. Por su magnitud y calidad, esta última historiografía puede ser considerada también un subgénero con sus propias características. Entre los trabajos más representativos podemos citar los de L. Foner y E.D. Genovese (eds.): *Slavery in the New World* (Englewood Cliffs: Prentice-Hall, 1969), S.W. Mintz (ed.): *Slavery, Colonialism and Racism* (Nueva York: Norton, 1974), R. D. Toplin (ed.): *Slavery and Race Relations in Latin America* (Westport: Greenwood, 1974), M.E. Crahan y F.W. Knight (eds.): *Africa and the Caribbean* (Baltimore, John Hopkins Univ. Press, 1979), M. Moreno Fraginals *et al.* (eds.): *Between Slavery and Free Labor* (Baltimore: John Hopkins Univ. Press, 1985), B. Solow y S.L. Engerman (eds.): *British Capitalism and Caribbean Slavery* (Cambridge, Cambridge Univ. Press, 1987); F. Solano y A. Guimerá (coords.): *Esclavitud y derechos humanos* (Madrid: CSIC, 1990), W. Binder (ed.): *Slavery in the Americas* (Würzburg: Königshausen & Neumann, 1993), V. Rubin y A. Tuden (eds.): *Comparative Perspectives on Slavery in New World Societies* (*Annals of the New York Academy of*

Sciences, nº 292, Nueva York, 1997), F.W. Knigh (ed.): *The Slave Societies of the Caribbean* (General History of the Caribbean, 6 vols., Basingtoke: McMillan y UNESCO, 1999, vol. III), H. Temperley (ed.): *After Slavery Emancipation and Its Discounts* (Londres: F. Cass, 2000), E. Vila Vilar (comp.): *Afroamérica. Textos históricos* (CD-Rom. Madrid: Fund. Histórica Tavera, 2000), o J.A. Piqueras (ed.): *Azúcar y esclavitud en el Caribe en el final del trabajo forzado* (Madrid: FCE, 2002).

Tras las citadas ediciones, sin embargo, el tema no volvió a gozar de esfuerzos de ese tipo hasta avanzada la década de 1990 y el inicio del presente milenio, excepto en lo que se refiere a los estudios acerca de la esclavitud –y quizás a causa de ello–, que siguieron apareciendo copiosamente, entre otras causas, debido a la celebración de los centenarios de la abolición en muchos de los países y colonias en que existió dicha institución. En 1999 M. Guicharnaud-Tollis compiló una obra sobre *Le sucre dans l'espace Caraïbe hispanophone aux XIX^e et XX^e siècles* (París: L'Harmattan, 1999), y en 2000 A. Vieira inició la publicación de los resultados de un seminario que cada dos años reúne en Madeira a especialistas en la materia: *História e tecnologia do açúcar* (Funchal: CEHA, 2000) –aunque ya había incursionado antes en el mismo con las actas de un simposio dedicado a la referida esclavitud: *Escravos com e sem açúcar* (Funchal: CEHA, 1996)–, trabajo al que han seguido

luego *História do açúcar. Rotas e mercados y O açúcar e o cotidiano* (Funchal: 2002 y en prensa), y que en el futuro continuará recibiendo nuevas aportaciones. Finalmente, además de las obras mencionadas, en abril de 2005 aparecerá un monográfico de la *Revista de Indias* (nº 233) acerca de *La industria azucarera en América*, que hemos coordinado junto a Alejandro García Álvarez.

La principal aportación del libro de Stuart B. Schwartz a la historiografía de la que forma parte es, sin duda, cronológica y documental. Sus capítulos abordan un período, los inicios y primer desarrollo de la plantación azucarera, en que las fuentes son escasas, incompletas, dispersas, de difícil acceso, y presentan graves problemas de uniformidad. En el espacio estudiado por los distintos artículos, el llamado *mundo atlántico*, la industria azucarera ha sido, a lo largo de la historia, una de las actividades económicas principales. Junto con los territorios productores de edulcorante, la Península Ibérica y los archipiélagos portugueses y españoles de Madeira, Azores, São Tome y Canarias, además de los ubicados en el entorno del Caribe y el Golfo de México y del Brasil, la obra examina también aspectos que competen al universo de los *importadores* –los mercados europeos– y de los suministradores de mano de obra esclava –el occidente africano. En todos ellos, la citada actividad ha tenido en diferentes épocas una importancia crucial en la construcción demográfica, social, po-

lítica y cultural de los países y colonias.

Tras una introducción del editor y de la que hablaremos más adelante, *Tropical Babels* incluye un capítulo sobre «*Sugar in Iberia*», escrito por Williams H. Philips Jr., en el que se discuten los orígenes árabes de la industria azucarera, su evolución en el siglo XV y su distribución espacial y organización en el Suroeste europeo. Tras dicho texto, el citado Alberto Vieira estudia las «*Sugar Islands. The Sugar Economy of Madeira and the Canarias, 1450-1650*», una comparación que revela la importancia de los factores locales y del mercado exterior en el desarrollo de dicha actividad, analiza la relevancia en el mismo del capital foráneo y la formación de una clase de agricultores –diferenciada de los dueños de ingenios–, dedicados al cultivo cañero, así como de los derechos del agua y el suelo, particularmente en el caso de Madeira, que regularon sus explotaciones, y las formas de trabajo coercitivo que se emplearon. El autor examina finalmente cómo se trasladó todo ello a América y afirma que en la decimosexta centuria no es posible hablar de un gran complejo plantador en los dos archipiélagos atlánticos.

Genaro Rodríguez Morel estudia «*The Sugar Economy in the Española in the Sixteenth Century*» y destaca el papel de su industria azucarera como gran exportadora internacional temprana y los problemas a que tuvo que enfrentarse enseguida por razones sobre todo laborales: la desa-

parición de la población indígena por la conquista y las epidemias, que supuso el inicio de la importación de esclavos africanos. El autor resalta también las dificultades que las escasas y dispersas fuentes plantean para examinar el tema, y que aun así permiten afirmar que el desarrollo de la referida industria en la isla caribeña influyó luego en otras partes –por ejemplo, en Jamaica o Puerto Rico–, y dio lugar a una clase de hacendados y comerciantes, económica y socio-políticamente muy poderosos, aunque no llegó a transformarse en un sistema de plantaciones, en el sentido moderno del término, pues el avance del sector se detuvo antes debido factores locales, al surgimiento de la producción de edulcorante en su metrópoli –España–, a los mecanismos arbitrados para protegerla, y al surgimiento de otros competidores.

A La Española le sucedió, como gran productora de azúcar en el Caribe, la Gran Antilla. Alejandro de la Fuente estudia su caso en «*Sugar and Slavery in Early Colonial Cuba*», analiza especialmente las transferencias tecnológicas, y sostiene que en esa isla la industria del edulcorante se desarrolló en una escala más pequeña que en Santo Domingo y experimentó un efímero auge temprano, debido a un conjunto de factores y, sobre todo, a su escasa dotación de mano de obra y a las dificultades para importar esclavos, precisamente el principal problema resuelto en el siglo XIX, con la expansión de la trata, cuando se convirtió en *la azucarera del mundo*.

Stuart B. Schwartz contribuye también a *Tropical Babylons* con un capítulo sobre «'A Commonwealth Within Itself'. The Early Brazilian Sugar Industry, 1550-1660», que estudia los contornos básicos del desarrollo del sector en el país americano entre mediados del siglo XVI y los años sesenta del XVII, etapa en la que se convirtió en el principal exportador de azúcar del mundo atlántico. Comienza con un examen del modo en que se integró en el sistema comercial de esa zona del planeta, para analizar luego detenidamente, según permiten las escasas y dispersas fuentes, las condiciones de la producción de dicha industria, los problemas de la tierra, el capital y el trabajo a que se enfrentaron los *senhores de ingenio* y los *lavradores de cana* y que –sostiene el autor–, le confirieron un carácter peculiar. Finalmente se describe su expansión hasta la década de 1620 y las razones por la que se detuvo incluso antes del surgimiento de nuevos competidores en el Caribe –especialmente de Barbados– después de 1650.

Otra de las perspectivas desde la que debe analizarse la producción del azúcar, la trata y la esclavitud, es explorada por Herbert Klein en «*The Atlantic Slave Trade to 1650*». El artículo enfatiza el hecho de que las relaciones entre el comercio negrero y el desarrollo de la industria del edulcorante fueron mucho más complejas de lo que han sugerido normalmente los estudios, pues, aunque hubo sincronización, también se caracterizaron

por defectos y fluctuaciones que afectaron al progreso del sector. El autor insiste, además, como el resto de los colaboradores de *Tropical Babylons*, en que tales conclusiones son las que permiten las fuentes disponibles, cuya escasez, empero, implica que muchos aspectos sean aún muy desconocidos.

La dimensión de la demanda, que, como ya señalamos, era objeto de atención también en *Tropical Babylons* aunque en menor medida que el lado de la oferta, es lo que preocupa a Eddy Stols. En «*The Expansion of the Sugar Market in Western Europe*», el autor analiza básicamente el impacto que el azúcar tuvo en la dieta europea, mucho más temprano e importante –dice– de lo que se ha pensado habitualmente, y enfatiza la dimensión cultural que tal afirmación tiene.

Finalmente, un estudio de John J. McCusker y Russell R. Menard: «*The Sugar Industry in the Seventeenth Century. A New Perspective on the Barbadian 'Sugar Revolution'*» estudia el caso del primer territorio *no ibérico* en que se desarrolló una industria azucarera de importancia internacional y que, a mediados del siglo XVII, se convirtió, además, en el principal productor. Los autores muestran cómo se transfirieron a la colonia de Barbados la tecnología y los procedimientos agrícolas y manufactureros desde otros lugares del Caribe y Brasil, pero insiste en los factores específicos que explican el establecimiento y el progreso de dicha actividad en

aquella hasta liderar la oferta mundial. Señalan, asimismo, que ello no significó una revolución en la economía de la isla, donde se cultivaban y comercializaban ya varios artículos de exportación con esclavos, pero sí la construcción de la gran plantación, que revolucionó, valga la redundancia, el mundo del azúcar.

Tropical Babels, por tanto, comienza con los orígenes –árabes– de la industria azucarera moderna, y culmina con el surgimiento del sistema de plantación que caracterizó su fase de gran desarrollo, iniciado en Barbados. Entre ambos hitos cronológicos, sus capítulos analizan con mayor o menor brillantez, como ocurre siempre en el caso de las obras colectivas, pero casi siempre dependiendo de las fuentes y, en general, con una alta calidad media, los principios y las tempranas fases de la evolución del sector en las economías productoras del edulcorante más importantes. Todos ellos, además, independientemente del libre albedrío con que cada autor aborda su tema, ordena y resalta sus contenidos, han respondido suficientemente a las cuestiones que planteó el editor en aras de la coherencia y la utilidad historiográfica del trabajo colectivo: reseñar dicha evolución y sus problemas, y discutir la relevancia, alcance y carencias del acervo documental disponible para estudiarla.

Si bien hubiese sido oportuno otorgar algo más de espacio al lado de la demanda, al papel de los importadores y de los mercados, pensamos que *Tropical Babels* cumple satis-

factoriamente los objetivos que justificaron su realización, y se convertirá en una obra clásica y de utilidad incuestionable para la investigación de los problemas que aborda. Ahora bien, la principal crítica que se puede hacer al libro no tiene que ver con ninguna de las características mencionadas hasta el momento, sino con el contenido de la introducción que le dedica su editor.

Stuart B. Schwartz destina una parte considerable del espacio en el capítulo introductorio de *Tropical Babels* y, además, en el comienzo del mismo, a discutir el papel de la industria azucarera en los orígenes del sistema capitalista y en la Revolución Industrial, tema muy controvertido desde hace ya varias décadas, iniciado con la publicación del libro de E.J. Williams: *Capitalism and Slavery* (Londres: A. Deutch, 1964), y que, aparte de muchas otras críticas, ha sido cuestionado por el hecho de que el sector empleó mano de obra esclava. No es éste el lugar ni el momento para entrar en la polémica, ni está en nuestro ánimo mediar en el debate, pero sí parece oportuno señalar que tal vez es un error del editor haber cargado las tintas en él dentro de un preámbulo que debería haber priorizado la presentación de unas aportaciones al conocimiento histórico de indiscutible valor, como creemos haber demostrado en esta reseña.

Fomentar la controversia es uno de los mejores elogios que pueden dedicarse a un trabajo científico, sin duda, pero cuando se trata de la pre-

sentación de un estudio colectivo que es mucho más valioso por otras aportaciones que por aquéllas que se destacan en su mencionada introducción y que acaparan el debate, no sólo defrauda la calidad de las contribuciones y el esfuerzo de los autores, sino que, además, induce a errores y ofrece una impresión distorsionada de sus contenidos y aportaciones. Sin duda, la polémica que Stuart B. Schwartz desata, y que puede consultarse básicamente en los archivos del foro de

Economic History Services en Internet (www.eh.net), es interesante, aunque algunas de las respuestas que ha merecido –y también algunas de sus réplicas– son desaforadas, fuera de tono y hasta inútiles, pero sin duda es mucho más relevante el referido contenido de *Tropical Babylons*.

Antonio SANTAMARÍA GARCÍA
Consejo Superior
de Investigaciones Científicas

Alfonso HERRANZ LONCÁN. *La dotación de infraestructuras en España, 1844-1935*. Madrid: Banco de España, Servicio de Estudios, Estudios de Historia Económica, nº 45, 2004. Existe edición electrónica.

El libro que se reseña constituye, revisado, el núcleo de la tesis doctoral del autor defendida en el Departamento de Historia Económica de la prestigiosa *London School of Economics and Political Science*. Dicha tesis figura entre las recientemente elegidas para ser expuesta en el próximo congreso de la IEAH a celebrar en Helsinki en 2006, lo que realza sus virtudes. Consta de Presentación y Agradecimientos, tres capítulos, Bibliografía, Apéndice Estadístico, Índice de Cuadros y Gráficos, en total 140 páginas, con 17 cuadros y 38 gráficos.

Vaya de antemano mi opinión. El libro, breve, es magnífico en todos los aspectos. Alberga horas y horas de trabajo serio. Recopila, actualiza y mejora todas las cifras que manejábamos en relación con las infraestructuras fundamentales de transportes y

comunicaciones, infraestructuras «económicas», como precisa el autor. Esta es herramienta básica para cubrir uno de los objetivos esenciales del trabajo: calcular la inversión bruta realizada en infraestructuras en España entre 1844 y 1935 y estimar una serie anual del stock neto de las mismas.

El rigor preside el manejo de las fuentes documentales y bibliográficas. Se expone con claridad y se deja al descubierto la metodología empleada. Donde pudiera existir alguna discusión es a la hora de establecer los coeficientes que determinan la vida útil de los activos que se analizan, pero el autor se atiene a los estándares de la bibliografía internacional existente. Todo ello convierte el libro en referencia fundamental y segura en la materia: desde su publicación hay que usar sus cifras, tanto para cono-

cer la magnitud de las infraestructuras, como su valor y evolución de la inversión; por otra parte, ¿será lo más cómodo!

Las herramientas estadísticas empleadas resultan adecuadas –método del inventario permanente–, así como los filtros utilizados para el análisis de las rupturas que se observan en las series y que permiten obtener interesantes conclusiones a partir de los cálculos de persistencia, volatilidad y comovimientos, realizados en el capítulo tercero.

Todo en este trabajo es aportación. Esta frase no debe considerarse exagerada. Es cierto que cifras sobre la extensión de esta o aquella infraestructura se han utilizado en la bibliografía española desde hace años, especialmente las relacionadas con las infraestructuras ferroviarias. Es cierto también que, en relación con estas últimas y la inversión, se vienen realizando interesantes aportaciones desde el IVIE, así como las extraordinarias aportaciones de Prados, pero el trabajo de Herranz emplea con prudencia y sentido crítico todo lo que otros autores han realizado, lo depura y lo presenta para su uso, añadiendo lo que todavía no estaba calculado. Para valorar lo que supone el improbable trabajo que el autor ha realizado, hay que tener en cuenta que cada una de las estimaciones y cálculos al menos genera un problema a resolver, que son varios, para cada año del estudio. Estas páginas reflejan así una obsesión por el rigor, las estimaciones y coeficientes empleados en los cál-

culos están muy aquilatados y puestos al descubierto para los investigadores, y sus resultados son absolutamente coherentes con las investigaciones realizadas sobre la materia desde metodologías no cuantitativas. Esa buena obsesión llega hasta la bibliografía, completa, interesante también y citada sin fallos. A vuelapluma diré que creo recordar en el conjunto del libro tan sólo dos erratas bibliográficas: buen resumen del rigor referido. Todo ello permite resaltar el valor de su principal aportación, y es que su estimación de la inversión española en infraestructuras y del stock resultante de dicha inversión es muy buena.

La historiografía española carecía de una aproximación agregada y sistemática del conjunto de las infraestructuras españolas: ferrocarriles, tranvías y metropolitanos; carreteras; puertos y faros; infraestructuras de comunicación; redes de distribución de energía; obras hidráulicas, y otras infraestructuras urbanas. Para suplir esta ausencia resultaba básico conocer aspectos fundamentales de las mismas como son la distribución de los esfuerzos inversores en el tiempo entre las diferentes infraestructuras y la importancia de dicha inversión en el conjunto de la economía nacional. Herranz aporta esa base cuantitativa que permitirá dar pasos más firmes en el debate existente sobre el impacto económico de las infraestructuras españolas, sobre su papel en el ascenso de la renta per cápita en esas fechas y sobre cuánto les corresponde

al tratar de la no convergencia de la economía nacional. En la obra reseñada se obtienen algunas conclusiones respecto a estos temas, aunque el autor admite en las últimas líneas otras muchas posibilidades de investigación. De entre las primeras conviene citar: 1) la presentación de las etapas fundamentales del proceso de construcción de dichas infraestructuras, con dos momentos fundamentales: la espectacular fiebre inversora en ferrocarriles entre 1855-1866 y los años veinte del siglo XX, en los que, además, aumentó la diversificación de las inversiones; 2) la suma de efectos derivados del aumento de la dotación española de infraestructuras y de su progresivo cambio en la composición a lo largo del período; 3) la progresiva reducción del porcentaje de infraestructuras con respecto al conjunto de los bienes de capital entre 1866 y 1935, reflejo de la diversificación de la inversión agregada y del aumento del uso de maquinaria y equipos en un número creciente de sectores productivos, y prueba también de la mayor complejidad de la economía espa-

ñola desde el final del siglo XIX. En este caso, las ratios españolas serían similares a las obtenidas por Alemania, Japón y la URSS y ligeramente inferiores a las de Reino Unido e Italia; y 4) la relación entre el stock de infraestructuras y el PIB en lo que supone la primera aproximación al análisis sobre la escasez o abundancia de infraestructuras, resultando de particular interés la comparación internacional que realiza el autor, lo que le permite concluir que al acercamiento, muy accidentado, de los porcentajes españoles realizado en el período de entreguerras le sucedió la ruptura, con consecuencias de largo alcance, que se experimentó durante la Guerra Civil y la primera posguerra.

Con lo que se lleva dicho, pienso que es fácil concluir que el libro interesará a todos los estudiosos e investigadores de la Historia Económica de la España contemporánea por el carácter nuclear del objeto de análisis.

Pedro Pablo ORTÚÑEZ GOICOLEA
Universidad de Valladolid

Joaquín VARELA SUANZES-CARPEGNA (Coord.), *Álvaro Flórez Estrada (1766-1853), política, economía, sociedad*. 2004, Oviedo, Junta General del Principado de Asturias, 2004. Pp. 527.

Flórez Estrada es sin duda una de las figuras más interesantes del primer liberalismo español, tanto por su actuación política —siempre comprometida—, como por su obra, en la que aborda los principales problemas de

la época de forma rigurosa y, desde la perspectiva española, muchas veces original. Durante su larga vida ocupó distintos cargos en la Administración, fue diputado a Cortes en varias legislaturas, senador vitalicio al

final de su vida y, en 1823, en coyuntura especialmente confusa, ocupó durante dos meses la Jefatura del Gobierno, si bien no llegó a tomar posesión del cargo. Fue, asimismo, procurador y diputado en la Junta General del Principado de Asturias, su tierra natal, y emprendió una interesante aventura empresarial en la ferretería de Somiedo. Traductor de Goguet, Bernardin de Saint-Pierre y de Mably, fue autor de un buen número de proclamas y circulares en 1808, de artículos periodísticos, algunos convertidos en hitos del pensamiento político-económico liberal, como su crítica a la desamortización de Mendizábal (*Del uso que debe hacerse de los bienes nacionales*, 1836) y de otros textos que figuran, con toda justicia, como obras señeras del pensamiento liberal español, como son en particular sus *Reflexiones sobre la libertad de imprenta* (1810), *Examen imparcial de las disensiones de la América con la España...* (1811), *Constitución política para la Nación Española en lo tocante a la parte militar* (1813), y, sobre todo, el *Curso de Economía Política* (1828), texto este último que, como queda demostrado en el volumen que nos ocupa, constituye una de las aportaciones intelectuales más relevantes de la época.

No resulta sorprendente, por tanto, que Flórez Estrada sea citado repetidamente en buena parte de los estudios monográficos sobre el periodo e incluso en las historias generales. Su nombre –aunque no mucho más– aparece cuando se alude a la

división del liberalismo –a Flórez se le suele situar entre los más destacados integrantes del sector exaltado–, a la crítica al proceso desamortizador de Mendizábal y, con menos frecuencia, a los primeros planteamientos liberales sobre la reforma agraria. En la mayoría de las ocasiones, la mención de Flórez Estrada sirve para ejemplificar la heterogeneidad del primer liberalismo, pero el interés por su persona y su obra no suele ir más allá. Diríamos, en suma, que no se ha ignorado su existencia, pero ha faltado empeño por saber algo más sobre él. A esto hay que añadir –como apunta el coordinador de este volumen– el olvido, o más bien el silenciamiento, al que sucesivamente le sometieron tras su muerte el moderantismo isabelino y el conservadurismo restauracionista, debido a la posición política de Flórez.

Por Flórez Estrada se han interesado siempre, a pesar de todo, los institucionalistas y republicanos y, en particular, sus paisanos, quienes han ofrecido las notas biográficas en las que casi es obligado aún basarse. Ha sido objeto, por otra parte, de una importante tesis doctoral realizada por Charles Lancha, y desde comienzos de la década de los ochenta del siglo pasado, con motivo de la reedición de algunas de sus obras, se le han dedicado estudios muy rigurosos que figuran como introducción a las mismas. Hasta el momento, sin embargo, no se había ofrecido una visión global de su pensamiento. Tal es el propósito de este volumen, construido

según un procedimiento muy utilizado en nuestros días en el ámbito académico para dar a conocer la obra de un personaje relevante, que consiste en encargar a distintos especialistas sendas monografías sobre los aspectos más destacados relacionados con esa persona. Este procedimiento, que no debe confundirse con el resultado de un congreso o seminario –siempre más aleatorio–, suele resultar fructífero si se elige bien a los colaboradores, si existe coordinación y si se establece un plan coherente que integre los diferentes estudios. Creo que en este caso se dan todas estas condiciones.

La diez monografías que integran el volumen, escritas por sendos especialistas muy reconocidos en la materia, abordan con rigor los aspectos fundamentales del ideario de Flórez Estrada y alguna de sus actuaciones más llamativas, como su actividad empresarial en la ferrería de Somiedo (Joaquín Ocampo), su participación en la Junta del Principado de Asturias (Marta Frieria) y su papel político durante el Trienio Liberal (Juan Francisco Fuentes). Al pensamiento de Flórez y, en concreto, al análisis de sus obras fundamentales –materia, asimismo, de los trabajos aludidos–, se dedican expresamente los restantes estudios: planteamientos políticos expuestos por Flórez en los periódicos *El Español*, *El Tribuno del Pueblo Español* y *El Español Constitucional* (Ignacio Sarasola), problema americano (José Manuel Pérez-Prendes), el lugar de las fuerzas armadas en el naciente siste-

ma constitucional (Roberto L. Blanco Valdés), alternativa a la desamortización de Mendizábal (Germán Rueda), opinión pública y libertad de prensa (Javier Fernández Sebastián), pensamiento económico (Salvador Almenar) e ideas sobre la «cuestión social» (Gonzalo Capellán). Estos ensayos –que se cierran con una relación bibliográfica de Flórez Estrada, preparada por Salvador Almenar– forman un conjunto coherente con la interpretación global que ofrece el coordinador del volumen en el trabajo que lo abre, el cual cumple perfectamente la función de Introducción. Joaquín Varela traza una semblanza general –un «retrato», según sus palabras– del personaje, presentando de forma resumida lo que se sabe acerca de su trayectoria vital y los rasgos más sobresalientes de su pensamiento. Lo fundamental de este texto es la valentía y acierto del autor a la hora de calificar políticamente a Flórez Estrada como un «liberal de izquierda», cuya diferenciación respecto a los de derecha queda establecida por su actitud ante las tres instituciones fundamentales del Antiguo Régimen: la corona, la Iglesia y la nobleza. Según Varela, Flórez Estrada y quienes integraron el liberalismo de izquierda se caracterizaron por su pretensión de reducir los poderes del rey en el marco de una monarquía constitucional, su concepción laica de la vida política, el ataque a los privilegios de la nobleza –sólo el talento y el trabajo quedan reconocidos como criterios para establecer las diferencias sociales–, su deseo de ampliar el

sufragio y su empeño por lograr el bienestar de todos los ciudadanos mediante la mejora de las condiciones de vida, cometido éste encomendado no tanto al Estado como a la sociedad.

Esta caracterización política de Flórez Estrada –que a mi juicio constituye el punto nuclear sobre el que fundar la interpretación de su pensamiento y de su actuación política– queda explicitada y ampliamente explicada en las restantes monografías que forman el volumen. Por su rigor y profundidad en el análisis merecería cada una de ellas un detenido comentario, pero como tal cosa resulta imposible aquí, me limitaré a consignar algunos rasgos generales. Flórez Estrada es abordado en todos los casos desde una perspectiva amplia, tanto temática como temporal, en la que el análisis de su obra se conjuga con los hitos básicos de su trayectoria vital –en la medida en que lo permite el conocimiento de su biografía– y con el panorama intelectual español y europeo. En estos trabajos, contruidos a base de una amplia bibliografía y desde el conocimiento preciso de la obra de Flórez, queda perfectamente delimitado el lugar que éste ocupa en el contexto europeo y español, no sólo en la época en que trascurrió su vida, sino también en tiempos posteriores, especialmente en el horizonte de la Segunda República española, referencia ésta muy presente en varias de las monografías, en particular las que abordan sus ideas económicas y sociales. En conjunto, se ofrece una visión crítica positiva, en la que se

muestra a un hombre que conoció muy bien las corrientes intelectuales de su tiempo, muy coherente en el uso del lenguaje y de los conceptos, pionero en muchos aspectos –merece la pena resaltar, por ser uno de los aspectos de su pensamiento menos tratado, sus reflexiones sobre la cuestión social–, que, desde un compromiso personal decidido y moralmente intachable por el constitucionalismo, mantuvo –como reiteradamente se expone a lo largo del volumen– una actitud abierta que, en no pocas ocasiones, en lo político está más próxima al republicanismo jacobino que al liberalismo y al colectivismo en materia económico-social, sobre todo en lo relativo a la propiedad de la tierra, aunque Flórez no dejó de propugnar el librecambismo, el derecho de propiedad y la no injerencia del Estado en la economía

Las monografías que integran este conjunto de estudios sobre Flórez Estrada son, sin excepción, excelentes, y puede afirmarse con rotundidad que se cumple el objetivo expuesto por su coordinador: «ofrecer una visión de conjunto, rigurosa y actualizada, de su trayectoria política, así como de su pensamiento político-constitucional y económico-social». Existen estudios amplios, debidamente citados en la bibliografía utilizada en los diferentes trabajos, que desarrollan con mayor extensión que aquí las aportaciones de Flórez Estrada a determinados campos, en particular el económico, pero es evidente que carecíamos de una visión integradora, como la que se

efectúa en este libro, que, por esta razón y por su rigurosa interpretación del liberalismo de izquierda de la primera mitad del siglo XIX, ocupa un lugar destacado entre los recientes y afortunadamente numerosos estudios sobre el primer liberalismo español. Sólo habría que lamentar, desde una perspectiva distinta a la que ha dado origen a este libro, las lagunas persistentes en el conocimiento de la trayectoria personal de Flórez Estrada. El hecho de que aún carezcamos de una biografía histórica sobre él –lo mismo sucede con otras figuras señeras del primer liberalismo español– obliga a moverse en ocasiones en un terreno

poco preciso y lleno de conjeturas e incluso tal vez de falsas apreciaciones, sobre todo –como se pone de relieve en varios de los ensayos que integran este volumen– en lo concerniente a la actividad de Flórez anterior a 1808, así como durante sus dos exilios que, sin embargo, constituyen un tiempo fundamental para interpretar su pensamiento. A partir de este libro resultará más fácil escribir una biografía que a todas luces resulta necesaria.

Emilio LA PARRA LÓPEZ
Universidad de Alicante

Antonio LUQUE BALLESTEROS. *Entre el vapor y el arado romano. Élite, instituciones y difusión del cambio técnico en la agricultura. Córdoba, 1780-1870*. Córdoba: Universidad de Córdoba y Grupo de Historia Social Agraria, 2004, Pp. 347.

El libro de Luque Ballesteros se plantea incidir, desde sus primeras páginas, en el debate que viene desarrollándose en nuestra historiografía desde los años 80 sobre cómo interpretar la evolución del sector agrario español durante los siglos XIX y XX. Con esta finalidad, el autor toma como marco de referencia la provincia de Córdoba y estudia los mecanismos de difusión del cambio técnico en una parte de su agricultura entre finales del siglo XVIII y 1870. Principalmente estudia la Campiña, representativa «del sistema cereal y de la gran explotación agraria», y la zona agraria sudoriental, con una agricultura más diversificada a base de «viñedo, olivar, cereales y leguminosas, cultivos

de huerta» y explotaciones de ovino y caprino. El planteamiento de Luque Ballesteros es, por tanto, ambicioso. Interviene en un debate que está levantando no pocas controversias, y elige para ello una zona, un período y una temática arriesgados: una zona fácilmente identificable como atrasada, el período en el que se materializaron los cambios institucionales que habrían generado el atraso, y una variable estratégica del crecimiento económico –el cambio técnico. Más concretamente, el autor analiza, aportando nuevas evidencias documentales y apoyado en una amplia bibliografía, los orígenes y características de las iniciativas que protagonizaron las élites locales y las instituciones públi-

cas desde 1780 en la agricultura cordobesa, con el fin de impulsar su transformación, la divulgación de nuevos conocimientos agronómicos y la enseñanza agrícola.

Con esta finalidad, Luque Ballesteros sintetiza primero los referentes interpretativos e historiográficos sobre las relaciones entre el concepto de atraso, el cambio técnico y la política agraria, en especial con respecto a la «enseñanza profesional agrícola como palanca del cambio técnico». En esta exposición, el autor explicita sus bases teóricas de partida y, a partir de ellas, desarrolla seguidamente lo que es su aportación más original: el estudio de las iniciativas orientadas a impulsar la innovación tecnológica en la agricultura cordobesa en aquel período de transición política y social. Para ello expone primero las inquietudes que las fomentaron, entre la Ilustración y el Trienio Liberal, y cómo se concretaron hasta 1823, y después centra la atención en dos aspectos importantes de los procesos que se experimentaron con posterioridad. De un lado, las nuevas circunstancias que condicionaron aquellas iniciativas con la construcción del Estado liberal. Del otro, las iniciativas que se impulsaron en el ámbito concreto de la enseñanza agrícola. En este contexto, el autor destaca las siguientes observaciones:

En primer lugar, muestra que una parte importante de las élites sociales y políticas del momento –técnicos, hacendados, gobernadores civiles...– eran conscientes del atraso de la zona y de la necesidad de corregirlo, y que

con este objetivo promovieron la transferencia de las tecnologías que consideraban más avanzadas por diversos canales. Primero, por medio de asociaciones como las Sociedades Económicas y las Academias, y después, con la formación del Estado liberal, por medio de nuevas instituciones como las Subdelegaciones de Fomento, las Juntas Provinciales de Agricultura y, sobre todo, las Diputaciones. En segundo lugar, el autor también pone de relieve que las propuestas de cambio fueron diversas, incluyendo: a) la extensión de los cultivos tradicionales y la introducción de otros nuevos, b) la expansión de los regadíos, la desecación de tierras pantanosas, la introducción de nuevas rotaciones y la realización de mejoras en la composición de los suelos, y c) un diverso grupo de otras mejoras en las prácticas agrícolas –poda y cultivo de la tierra–, junto con la renovación de los aperos tradicionales –arados y trillos– y la introducción de nuevos instrumentos y máquinas de cultivo y recolección –bravantes, segadoras, locomóviles, etc. En tercer lugar, Luque Ballesteros observa que los procedimientos empleados para impulsar las anteriores iniciativas fueron similares a los utilizados a escala continental con los mismos objetivos, y que incluyeron, concretamente, la convocatoria de premios, la participación y organización de exposiciones agrícolas, la elaboración de diversas memorias y estudios publicados periódicamente en revistas, y el impulso mismo de la enseñanza agrícola. En

este caso, a partir especialmente de la década de 1850 y a través sobre todo de la Cátedra de Historia Natural y Agricultura del Instituto Provincial.

A partir de esta exposición, sin embargo, el autor también muestra que muchas de aquellas iniciativas no pasaron el filtro de su aceptación. En unos casos porque quedaron en meras propuestas, aunque fueran bien conocidas entre los miembros del reducido grupo social que las propugnaba. En otros, como las relacionadas con la enseñanza agrícola, porque tuvieron una incidencia muy limitada, al no pasar muchas de ellas de proyectos o al ser muy irregular el funcionamiento de las instituciones creadas con aquella finalidad. Asimismo, y cuando trata de evaluar el impacto que tuvieron el conjunto de las anteriores iniciativas en el desarrollo agrario de la zona, sus conclusiones tampoco son muy alentadoras. Tras reafirmar el intenso impacto que generó la reforma agraria liberal en la propiedad de la tierra, observa que el desarrollo de la agricultura cordobesa se concretó sobre todo, como en la mayor parte de España, en la ampliación de las superficies cultivadas en favor de los cultivos tradicionales, y, en menor medida, en la expansión de otros aprovechamientos, como los cítricos y otros frutales. En cuanto a la utilización de nuevos medios de producción, nuevas rotaciones o nuevos sistemas de explotación del ganado, los cambios fueron menos relevantes. ¿Cómo explicar, pues, el ímpetu de las élites del momento para transformar la agricultura

cordobesa y sus escasos resultados? Llegados a este punto Luque Ballesteros se posiciona claramente, como ya anunciaba de hecho al inicio del texto, junto a los autores que ponen el acento en las limitaciones ambientales de la agricultura española para adaptarse a unas innovaciones que eran más adecuadas a otros contextos. Con todo, Luque Ballesteros también coincide con algunos críticos de aquellos mismos autores sobre los que se apoya, al sostener que las políticas económicas que se impulsaron desde los nuevos gobiernos liberales dificultaron la transformación del sector. Por ejemplo, porque sus insuficiencias presupuestarias limitaron las inversiones públicas en el sector, especialmente con respecto al fomento de la enseñanza agrícola o a la expansión de los regadíos, o también porque sus posteriores políticas monetarias y arancelarias impidieron un desarrollo más intenso de cultivos como el viñedo y el olivar, más acordes con las condiciones ambientales del territorio estudiado. El resultado fue, así, según concluye el autor, «más tierra dedicada a cereales de lo que hubiera ocurrido en otras circunstancias, afectando negativamente a los indicadores de productividad».

En definitiva, el libro de Luque Ballesteros constituye una importante aportación a la historia agraria española, sobre todo por la nueva información que proporciona sobre dos cuestiones: a) las actitudes y planteamientos de las élites agrarias cordobesas con respecto a la transformación agra-

ria de la provincia, y b) los distintos canales de difusión que se impulsaron entre 1780 y 1870 para fomentar el cambio técnico. El libro también supone una notable contribución para un mejor conocimiento de nuestro pasado agrario, especialmente porque hace referencia a un período sobre el cual todavía existen importantes lagunas. Un período, además, muy complejo, por el conjunto de transformaciones sociales, políticas y económicas que afectaron a la sociedad española. Sin embargo, los argumentos que propone el autor para cuestionar el concepto de atraso cuando se aplica al sector agrario español hasta 1936, no creo que convenzan a quienes lo defienden. Lo sé por propia experiencia y quizá yo mismo haya contribuido a ello, aunque de forma indirecta, al haber sido más vehemente que eficaz en mis propias críticas a aquel concepto. Pero en el caso de Luque Ballesteros hay otro problema. En diferentes momentos de su exposición parece situarse en el mismo campo analítico de los argumentos que critica, y esta contradicción debilita su exposición. De esta forma, pone un énfasis especial en la expansión que experimentaron, en la agricultura cordobesa durante el período que estudia, el viñedo y el olivar, «apuntando a una especialización que [...] se ha confirmado un siglo después como la vía adecuada para generar crecimiento», por lo que considera apropiado concluir que «frente a la idea de una larga siesta de la agricultura española durante el siglo XIX, no todos dormían». Y es que el problema, muy probablemente, reside

en determinar primero si el crecimiento económico medido con los indicadores al uso es realmente el principal objetivo de las sociedades humanas, o si es meramente un instrumento para conseguir los fines que aquellas sociedades se van fijando en función de diversos criterios y presiones. Un instrumento, en definitiva, cuya eficacia debería valorarse en cada momento y ámbito geográfico según los objetivos marcados, y unos objetivos, a su vez, cuya formación y contenidos deberían analizarse a partir de otras variables en el marco histórico que se analiza. Por ejemplo, tomando en consideración las circunstancias sociales e institucionales vigentes, las opciones tecnológicas disponibles y las formas sociales de asumir las restricciones ambientales. Creo que será discutiendo de nuevo estas cuestiones como podrá reconducirse en el futuro la polémica suscitada sobre el atraso de la agricultura española durante los siglos XIX y XX, y que muchos planteamientos aparentemente distintos podrán entonces integrarse en un marco analítico común que, además de explicar mejor nuestro pasado, también nos permita entender mejor nuestro presente y sus posibilidades futuras. En cualquier caso, un libro como el de Luque Ballesteros, que sugiere ideas para mejorar nuestros conocimientos, siempre es un buen libro, aun cuando el lector no siempre coincida con todos sus contenidos.

Josep PUJOL ANDREU
Universidad Autónoma de Barcelona